

Un libro es una cosa entre las cosas, un volumen perdido entre los volúmenes que pueblan el indiferente universo; hasta que da con su lector, con el hombre destinado a sus símbolos.

Jorge Luis Borges (1899-1986)

Vicios solitarios

Los traspies de Alicia Paf
Por Gianni Rodari
Ed. Anaya
80 pp.

Yo recomiendo *Los traspies de Alicia Paf* porque es chistoso. Este libro trata de una niña que se llama Alicia Paf y se mete o se cae en cualquier parte, por ejemplo, en el despertador o en la pompa de jabón. Alicia tiene aventuras muy padres. (Laura Elisa Coellar Krasselt, 7 años)



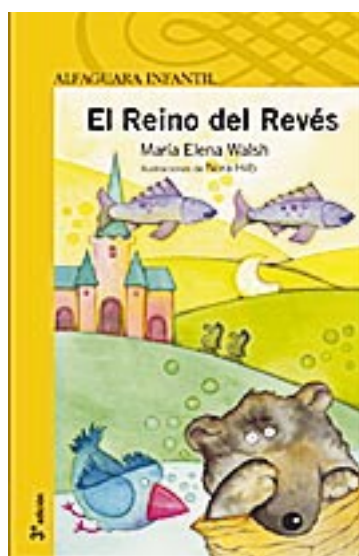
Gianni Rodari

El reino del revés
Por María Elena Walsh
Ed. Alfaguara
96 pp.

A mí me gusta el libro del reino del revés porque tiene rimas chistosas y el libro está divertido. La rima que más me gustó es:

Una gallina muerta de risa se pone el gorro y la camisa.

(Karla A. Montaña, 8 años)



El silencio habitable*

□ Daniel Goldin □



El guerrero ilustrado. Artesanía de Morelos, cortesía de Natalie Nudelman

Aunque mi pasión por los libros se ha hecho cada vez menos compulsiva, aún hoy me es difícil imaginar un placer más completo que la lectura. Los libros siempre han estado cerca de mí como una promesa, una puerta o un cofre. He vivido rodeado de libros toda la vida. Me es difícil imaginarme sin ellos y desconfío de una casa en la que no los haya.

Mi padre fue bibliotecario y además un ávido lector. Por azares del destino, mi madre —que nunca fue una lectora muy constante— terminó trabajando también como bibliotecaria escolar. En mis casas siempre ha habido libros, y en la casa de mis padres, más que los propios (que eran bastantes), lo que se leía eran libros prestados por la biblioteca. Por todo esto sé que estuve ligado a los libros desde mi primera infancia, aunque no tuve una relación muy estrecha con ellos antes de haber aprendido a leer: durante muchos años sólo fueron objetos yertos que ocupaban un lugar en la sala y, más molesto que eso, la atención de mi padre.

Al recordar esos primeros años, sólo me vienen a la mente tres títulos: *El libro Barsa del año 1960*, de cuyos textos muy pocos leí alguna vez, aunque los hojeé por largos períodos. Durante muchas mañanas de gran hastío (fui un niño que se aburría) contemplé sus fotos con verdadero deleite: el hombre más alto del mundo, los estrafalarios autos diseñados para la futura década, una familia con dieciséis o dieciocho hijos formados en hilera. Recuerdo especialmente la fotografía de *Laica*, la perra rusa que fue lanzada al espacio en un viaje sin retorno. Quizá me inicié en la lectura recreativa leyendo los pies de foto de ese libro después de haber repetido hasta el cansancio las estúpidas aliteraciones con las que me enseñaron a leer. Otro libro de aquella época es un título en hebreo que se me ha olvidado, con fotografías en sepia y negro sobre una niña, un niño y una mascota. Sé que nunca lo leí, pues estaba en hebreo, y por eso quiero suponer que lo que supe de él fue porque mis padres me lo contaron, aunque sólo a mi madre recuerdo haciéndolo.

Creo que era una historia triste (¡con qué placer escuchaba las historias tristes!), pero no recuerdo más. Tal vez sólo me fue relatada pocas veces y después yo la recreé libremente, contemplando las fotografías. El tercer título que rescató era un libro muy grueso con el que mi madre estudiaba inglés, en la época en que mi hermana y yo íbamos al kínder. Debía de ser una antología de lectura. En una página había unas ranuras por las que se podía introducir una tira con ilustraciones. No conservo en la memoria ningún relato, pero tengo muy viva la imagen de mi madre sentada en su cama con el libro sobre las piernas, mientras mi hermana y yo le pedíamos que moviera el cinito. Probablemente en ese libro también (o si no en algún otro de sus cursos de inglés) había un texto que hablaba de la conquista del Everest. Aún puedo recordar las imágenes de Hillary con su barba perlada de sudor congelado. ¡Con qué fruición me gustaba regresar a su sufrimiento!

Quizá también es de esa época aún no lectora un libro publicado por Daimon sobre aventuras en el zoológico. Incluía muchos cuentos en los que los personajes eran distintos animales enjaulados. Puedo evocar con nitidez las fotografías en blanco y negro y mi identificación con un chimpancé, pero he olvidado los cuentos. Sé que durante muchos años mis padres nos los leyeron.

Pese a su formación de bibliotecario, mi padre, el principal lector de la casa, no solía leer clásicos de la infancia ni acercarnos a ellos. Tal vez porque su propia infancia fue dura y poco rodeada de afecto. Los cuentos clásicos de Andersen, Perrault o los hermanos Grimm me llegaron, pero no sé cómo. Dudo que haya sido a través de libros.

Me encantaba sentir a mi padre de otra forma, consagrado a nosotros. Al leer en voz alta, su presencia se expandía hacia un territorio inhóspito, lejano y tentador.

En cambio, mi padre nos leía una hermosa edición de *El libro de las tierras vírgenes* de Rudyard Kipling. Era un libro empastado en tela verde, con pocas ilustraciones. De la trama de esta obra retuve también muy poco. En cambio, se me grabaron los nombres de sus personajes: Akela, Mowgli, Kaa. Siempre fue una lectura compartida con mis hermanos, quizá por eso tuvo tanto peso. Era como una ceremonia en la que pactábamos un armisticio para escuchar a mi padre. Hoy pienso que no sólo me gustaba el relato. Me encantaba sentir a mi padre de otra forma, consagrado a nosotros. Al leer en voz alta, su presencia se expandía hacia un territorio inhóspito, lejano y tentador. Su figura crecía aun más porque intuía que nos leía algo que para él era importante por alguna razón que nunca explicitaba y que, como tantas otras cosas, se llevó a la tumba. Su voz nos abrigaba sin develar el misterio que siempre lo acompañaba, nos trasladaba a su silencio y lo hacía habitable.

* Fragmento del primer capítulo de la obra de Daniel Goldin *Los días y los libros*, Paidós, 2006. Reproducido con autorización del autor y la editorial.

1ª FERIA INTERNACIONAL DE LECTURA 2007 FILEC CIENCIA Y LITERATURA en Tonantzinla Puebla

Busca toda la obra de Kapuscinski en la Feria Internacional de Lectura Tonantzinla 2007

CELEBRANDO LOS 40 AÑOS DE LA FUNDACION DEL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO NACIONAL DE TONANTZINTLA del 15 al 18 de Febrero de 2007